

La enseñanza de la h

La cuarta base de las establecidas en el preámbulo de nuestro artículo anterior contiene la verdad inconcusa de que el ejercicio de la Higiene, si ha de lograr realidad social amplia y profunda, sincera e íntima, necesita de la colaboración popular sin excepciones ni discrepancias. El corolario es obvio, y también lo formulábamos en dicho lugar: ello requiere una instrucción previa de las gentes, en el grado y de la forma idóneos para obtener su asentimiento convencido, en tanto que obedientes que han de ser a las consignas promulgadas autoritariamente.

El practicismo de los sanitarios estadounidenses (recordemos el inquietante libro de Edmundo Dèmoulin, siempre de actualidad, «¿A quoi tient la supériorité des Anglo-saxons?») fija aquel grado de modo que no sobrepase la elementalidad; y elige la forma que más cómodamente y casi sin sentir vaya insinuando las nociones en el espíritu común de los ciudadanos, de tal suerte que éstos se hallen capacitados finalmente como es de desear, pero habiendo evitado que en momento alguno se creyesen en la condición de **alumnos de una asignatura determinada**. En esto consiste la gracia (o está el truca, como luego se dice), a fin de evitar la natural desgana y hasta la rebeldía instintiva que opondrían el dependiente de comercio, el empleado de banca, el ferroviario, el carpintero, etc. etc., contra toda apariencia de **enseñanza impuesta** acerca de materias que ellos entendieran *a priori* que no les importaban. Y más cuando todos y cada uno están ocupados ya en sus negocios, y también quieren invertir su tiempo libre como les viene en gana, que no es ciertamente oyendo las lecciones engorrosas de un inoportuno **dómine higienista**. En efecto, ya son mayores de edad, y no chiquillos de la escuela. ¡No faltaría sino que ahora les vinieran con monsergas de esa calaña!

Dicha forma es, pues (como asimismo lo consignábamos en nuestro mencionado primer artículo), eso tan complejo, magnífica y deliberadamente elaborado hoy sobre la base científica de la psicología experimental, que se resume con la palabra mágica de **Propaganda**. Arte sutil, que en nuestros días tiene sus métodos propios, sus investigadores y sus técnicos especializados: no al servicio exclusivo de intereses mercantiles, como vulgarmente pudiera entenderse, sí que también al de las más nobles y elevadas ideologías religiosas, políticas y sociales (1).

Retazos sustanciales y escogidos de lecciones higiénicas, equivalentes a fórmulas condensadas, interfieren sugestivamente, y como al desgaire, en el deambular y en el distraerse de las personas más despreocupadas, apareciéndoseles como inesperados y fugaces duendecillos sobre las páginas de periódicos y revistas, las pantallas de los cines, los interiores de tiendas, tranvías, locales de reunión y esparcimiento, o flotando en el espacio de la noche en figura de anuncios luminosos: a mayor abundamiento, en oficinas, talleres y demás lugares de trabajo, adoptando entonces modalidades más concretas y especiales. Lo literal y lo gráfico de estas manifestaciones se combinan para excitar al máximo la curiosidad y el interés del público, **metiéndose por las ojos**, como luego se dice; así, hasta quienes sean más refractarios al ambiente del aula, **resultan alumnos** sin darse cuenta, y aprenden lo que nos proponíamos.



Ahora bien: ¿Desde cuándo procede esa labor de interesar al público, con objeto de hacerlo copartícipe en el ejercicio efectivo de la Sanidad? ¿En qué sazón deben comenzar dichas enseñanzas?

No discrepamos de quienes respondieran a tales preguntas, que desde la infancia; y no ya desde que se ha constituido lo que se llama el **uso de razón**, sino desde antes, cuando dicho estado mental se va gestando en laboriosa y progresiva formación.

Perfectamente. Pero el que «ha sido cocinero antes que fraile», y sobre todo, el que una vez fraile no se olvida demasiado de su época de cocinero, tendrá suma cautela para escoger el **modus faciendi** mediante el cual realizar aquella pretensión. Y se sublevará contra la perniciosa y contumaz tendencia, evidente en ciertos preceptores, a usar y abusar de las criaturitas como cabezas de turco sobre las cuales descargar sin duelo ni cordura todos los **golpes pedagógicos**, o a emplearlas como conejillos de Indias en los más peregrinos ensayos de metodología docente. ¡Pobres espíritus infantiles, más torturados durante siglos en las Escuelas, que los pies de las niñas chinas de alto copete bajo el antiguo régimen en el Celeste Imperio!

Recordemos un momento a determinados ejemplares fósiles de la Arqueología de nuestra Enseñanza oficial (Institutos, Facultades Universitarias, Escuelas especiales superiores), en cuyos programas había una frondosa e indigesta sección liminar de **Prolegómenos**, consumidora de

HIGIA

(1) Nuestro admirado compañero Dr. Estellés, en la Escuela Nacional de Sanidad, de Madrid, ensayaba hace dos años un curso monográfico de «Propaganda Sanitaria», cuyas pautas, al sernos confiadas por su ilustre autor, nos llamaron poderosa y favorablemente la atención.